

EL SEÑORITO LITERARIO: ANTECEDENTES Y DOS CASOS

El siglo XIX ve surgir una nueva especie de personaje novelístico en las letras europeas: la figura del señorito. Si bien no huérfano de antepasados literarios en varios países, la figura que nos ocupa tiene a la vez enlaces con y rasgos que la diferencian de tales entes como el *fop* isabelino, el don Juan de Tirso de Molina y de otros, el *rake* del siglo XVIII y el *dandy* de principios del siglo XIX.

Larga es la trayectoria que corre y fecunda la tradición de que se nutre este personaje real y ficticio que se proyecta hasta nuestros tiempos. Como parientes lejanos se podrían citar, en distintas medidas, al escudero del *Lazarillo*, al Loaysa del *Celoso extremeño* de Cervantes y al don Juan de Tirso de Molina. Con el escudero, comparte en algunos casos la penuria disfrazada, la atención al buen vestir, el galanteo, el afán de mantener las apariencias de un bienestar ficticio y la presunción de tener linaje. Se asemeja a Loaysa en su hábil desempeño del engaño como medio de intentar seducir a la mujer que en muchos casos, como el de Loaysa, es mujer ajena.

La influencia más inmediata que obra sobre el señorito del siglo XIX señala al dandismo, culto que se origina en Inglaterra a principios de ese siglo en el apogeo de la popularidad de Beau (George Bryan) Brummel. Impulsado por Brummel, máximo exponente de esta modalidad, no tarda el dandismo en reflejarse en la vida y las obras literarias de Inglaterra, Francia y eventualmente España. El señorito recoge del *dandy* su devoción al acicalamiento y a la ociosidad pero le añade muchas más idiosincrasias.

Para empezar, el *dandy* no es un seductor; el señorito, con pocas excepciones, sí lo es. En su abarcador estudio sobre el *dandy*, *The Dandy: Brummell to Beerbohm*, Ellen Moers destaca el egoísmo de este ser dedicado:

...solely to his own perfection through a ritual of taste. The epitome of selfish irresponsibility, he was ideally free of all human commitments that conflict with taste: passions, moralities, ambitions, politics or occupations.¹

¹ (Lincoln y Londres: University of Nebraska Press, 1978), p. 13.

Haciendo hincapié sobre el asunto, Moers cita a Thomas Carlyle: “‘A dandy is a Clothes-wearing Man... a Man whose trade, office, and existence consists in the wearing of Clothes’ ”.²

Recogiendo algunas de estas influencias, el señorito novocentista y posterior que intentamos definir tiene rasgos de *dandy* a los cuales añade la herencia y práctica del donjuanismo y algunas cosas más. Ocioso, presuntuoso, amante del buen vestir, es también codicioso de mujeres y goza de una movilidad social antes desconocida, hecha posible por el auge comercial del siglo XIX. Un ejemplo del señorito que goza de dinero recién adquirido es Octave Mouret en *Au Bonheur des Dames* de Emile Zola (1883). Este hace su fortuna en el nuevo ambiente de las tiendas por departamentos mediante la combinación de un matrimonio ventajoso y de sus propios esfuerzos. Otro ejemplo lo constituye el ocioso Juanito Santa Cruz en *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós (1887) cuyo bienestar económico proviene de la tienda de paños que su abuelo “el hortera de 1796” logró fundar “por los años del 10 al 15” del nuevo siglo y que luego su padre desarrolló.³

John H. Sinnigen ha señalado la creación de “a new caste, the bourgeois señoritos...” y ha atribuido su génesis a la devoción que siente la sociedad del siglo XIX al ideal del progreso.⁴ Sin embargo, no todos los señoritos obedecen a un mismo patrón. Algunos, como don Alvaro Mesía en *La Regenta* de Leopoldo Alas (1885) y Juanito Santa Cruz, gozan de una fortuna y se valen de ella para incurrir en el libertinaje. Otros malgastan su fortuna, al menos en parte, en sus aventuras amorosas. Entre estos últimos se encuentran Joaquinito Pez en *La desheredada* de Galdós (1881), José María Bueno de Guzmán en *Lo prohibido* del mismo autor (1885) y el envejeciente Frasquito Ponte de *Misericordia*, también de Galdós (1897). Ponte comparte con los balzacianos Eugène de Rastignac en *Le père Goriot* (1834) y Lucien de Rubempré en *Illusions perdues* (1843) la capacidad de aparentar, cuando es menester, solvencia económica.

La necesidad de tener o aparentar tener dinero parece estar ligada a las actividades sexuales del señorito. En *The Other Victorians: A Study of Sexuality and Pornography in Mid-Nineteenth Century England*, Steven Marcus observa que en la sociedad moderna el dinero es:

...one of the two or three most important instruments of personal power, and the association of sex and money through the medium of power is an inevitable one.⁵

Y en su estudio sobre *Lo prohibido*, Arthur Terry habla de:

² *Ibid.*, p. 31.

³ *Fortunata y Jacinta* en *Obras completas*, 1ª ed. (1970; rpt. Madrid: Aguilar, 1980), p. 452. De aquí en adelante, toda cita a *Fortunata y Jacinta* se referirá a esta edición y será identificada por F y J y el número de la página.

⁴ “Individual, Class, and Society in *Fortunata y Jacinta*”, en *Galdós Studies II*, ed. Robert J. Weber (Londres: Tamesis Books Limited, 1974), p. 52.

⁵ (1964; rpt. New York: The New American Library, 1974), p. 159.

...an assumption which governs most serious nineteenth-century thinking on the subject of sex, the idea that sexual vitality and economic prosperity obey the same kind of laws. Once the equation is made, the metaphors follow: sexual energy becomes a matter of spending or conserving; promiscuity may be compared to rash investments.⁶

Dentro de este contexto social y literario aparecen en rápida sucesión en España dos personajes señoritos que invitan a mayor examen por circunstancias particulares. Son éstos el don Alvaro Mesía de *La Regenta* y el Juanito Santa Cruz de *Fortunata y Jacinta*. Aún antes de que la correspondencia entre Alas (Clarín) y Galdós acerca de *La Regenta* fuera divulgada por Dionisio Gamallo Fierros,⁷ ya Stephen Gilman había advertido el diálogo que existe entre las dos novelas,⁸ diálogo que se extiende a los dos antihéroos: don Alvaro y Juanito. La reacción de Galdós ante *La Regenta* deja poca duda de que la novela influyó en él profundamente. Posponiendo comentarios públicos sobre *La Regenta*, en la correspondencia Galdós admite que la novela de Clarín le ha armado un "zipizape" en la cabeza.⁹ En carta con fecha de 16 de octubre, 1885, habiendo concluído la lectura del segundo volumen de *La Regenta*, confiesa que piensa imitar a Clarín y en particular: "...la vena satírica, aquella gracia digna de Quevedo, con que [Clarín] persigue los lugares comunes de la conversación, de la literatura y del periodismo".¹⁰ En cuanto a su valoración de don Alvaro Mesía, Galdós nos la da en el prólogo que escribe para la edición de 1900 de *La Regenta* donde le tilda de "acabado tipo de la corrupción que llamamos 'de buen tono'" y de "cotorrón guapo de buena ropa".¹¹

La creación del personaje de Juanito Santa Cruz parece ser en cierta medida la respuesta de Galdós al don Alvaro Mesía.¹² Ambos son señoritos seductores con algunas características comunes. Tienen dinero, aunque la fortuna de Mesía es sólo "regular" y la de Juanito aparentemente inagotable. Los dos se precian de vestir bien. Mesía es el único galán de Vetusta que ordena su ropa a París y en ocasiones viaja a esa ciudad para que le corten trajes.¹³ Juanito, en un arranque narcicístico, piensa para sus adentros:

⁶ "Lo prohibido: Unreliable Narrator and Untruthful Narrative", en *Galdós Studies I*, ed. J.E. Varey (Londres, 1970), p. 75.

⁷ "Las primeras reacciones de Galdós ante *La Regenta*", *La voz de Asturias*, 30 de julio de 1978 a 10 de diciembre de 1978. Debemos esta información a la oficiosidad y gentileza de la colega Francisca González Arias.

⁸ "La novela como diálogo: *La Regenta* y *Fortunata y Jacinta*", en *Revista de filología hispánica*, 24 (1975), pp. 438-448.

⁹ Dionisio Gamallo Fierros, *op. cit.* (30 de julio de 1978), p. 22.

¹⁰ *Ibid.*, (3 de septiembre de 1978), p. 22.

¹¹ Benito Pérez Galdós, prólogo a *La Regenta* (Madrid: Librería de Fernando Fé, 1900), p. xvi.

¹² Hay que recordar que a la fecha de la correspondencia con Clarín, Galdós se sentía incómodo con la novela que acababa de lanzar: *Lo prohibido*. El autor presentía una recepción tibia y así lo confiesa en carta de 6 de abril de 1885 a Clarín ("Me parece que no resulta". etc.) Ver Gamallo Fierros, *op. cit.*, 19 de agosto de 1978, p. 15.

¹³ La tendencia, bastante generalizada entre los señoritos, a creer que la moda extranjera es por definición superior a la nativa y la tendencia a copiarla se dan con agudeza en la propia *Fortunata y Jacinta*. Ver al anglómana don Manuel Moreno Isla.

“¡Qué guapo soy!.... Tengo la gran figura, visto bien, y en modales y en trato me parece... que somos algo’ ”.¹⁴

Mesía y Santa Cruz despliegan otra característica frecuente entre los señoritos: la ociosidad. En el caso de Juanito, sin embargo, en contraste con Mesía y con otros señoritos dentro de *Fortunata y Jacinta*, esta ociosidad es más pronunciada. El propio narrador describe a Juanito como “un hombre enteramente despreocupado”.¹⁵ En su primer viaje a París, lo vemos en compañía de Joaquín Villalonga y Federico Ruiz. De los tres, el único que hace el viaje por puro placer es Juanito. Villalonga y Ruiz están comisionados por el gobierno para efectuar ciertas compras. Juanito nunca se ve en necesidad de trabajar para ganarse la vida ni siente inclinación por otras actividades que no sean la holgazanería, el darse buena vida y la galantería. Parece darle, en este sentido, fuerza a lo que Pío Baroja dijera sobre el seductor: “Don Juan no es un chulo, no puede ser más que un hombre rico y despreocupado”.¹⁶

En cambio, don Alvaro se recrea en su papel de cacique político como jefe del partido liberal dinástico en Vetusta. Como tal, “...cuidaba de los negocios conservadores lo mismo que de los liberales”,¹⁷ posición que lo hace acreedor de lo que Geoffrey Ribbans ha llamado “...the attitude of conciliation between divergent opinion—in other words, of unprincipled temporizing—which characterized the Restauración”.¹⁸

Tampoco se puede obviar el efecto que la edad cronológica ejerce sobre cada uno de estos dos personajes en su desempeño en el terreno de la aventura amorosa. En don Alvaro Mesía, el lector encuentra un seductor cansado. La frase “gallo vetustense”, aplicada a don Alvaro en varias ocasiones, vuelca sobre éste su connotación irónica de machismo y avanzada edad. Aunque don Alvaro se cree “una máquina eléctrica de amor”,¹⁹ un “Tenorio repentista”²⁰ que posee un largo historial de conquistas, la seducción de Ana de Ozores es producto de varios años de planificación. A través de Ana, el lector se entera de que ya van dos años antes del comienzo de la acción que Mesía demuestra interés por ella. Ya comenzada la acción de *La Regenta*, Mesía tarda un año y un mes en lograr su objetivo de poseerla. En varias ocasiones demuestra inseguridad y el temor al “¿qué dirán?”. Cuando Ana le retira la mano en el capítulo 20, le encontramos lamentándose: “¡Oh, a él, a don Alvaro Mesía le pasaba aquello! ¿Y el ridículo? ¡Qué diría Visita, qué diría Obdulia, qué diría Ronzal, qué diría el

¹⁴ *F y J*, p. 520.

¹⁵ *F y J*, p. 519.

¹⁶ *Desde la última vuelta del camino*, I (Barcelona: Editorial Planeta, 1970), p. 434.

¹⁷ Leopoldo Alas, 2ª ed. (Barcelona, 1884-1885; rpt. Barcelona: Editorial Planeta, 1967), p. 181. Toda cita a *La Regenta* se referirá a esta edición y será identificada por *L R* y el número de la página.

¹⁸ “Contemporary History in the Structure and Characterization of *Fortunata y Jacinta*”, en *Galdós Studies*, ed. J.E. Varey (Londres: Tamesis Books Limited, 1970), p. 107.

¹⁹ *L R*, p. 232.

²⁰ *L R*, p. 175.

mundo entero!’ ”²¹

Don Alvaro une a esto la capacidad de encontrar excusas para justificar su inacción en cuanto a la conquista de Ana o, cuando menos, para racionalizar la posposición. Así, el amor que Ana demuestra por la naturaleza cuando están en el Vivero, la supuesta inconveniencia de dejar su caballo en la plaza frente a la casa de Ana (en momentos en que nadie pasaba) y hasta la cuaresma sirven de excusas para no actuar. Cuando por fin, luego de someterse a un elaborado régimen de descanso y salud, don Alvaro seduce a Ana, no tarda esta auto-denominada “máquina eléctrica de amor” en hacer “‘crac’”: “‘Morir, bueno; pero decaer, y decaer en presencia de Ana, era horroroso; era ridículo y era infame’ ”.²²

Juanito Santa Cruz constituye una versión más joven, enérgica y espontánea del señorito reprobable. Este “Mesías”, como se le llama, nunca siente inseguridad ante el reto de la conquista. Demuestra una preferencia, en aventuras amorosas, por las clases bajas y los gustos de éstas al extremo que reprocha a Fortunata por no tener el “‘aire de abandono o de viveza, según los casos...’ ” de Antoñita (la querida de Villalonga) y de Sofía la Ferrolana.²³

Comparada a la larga y premeditada seducción de Ana Ozores por don Alvaro Mesía, la conquista de Fortunata por Juanito parece ocurrir en un abrir y cerrar de ojos. Es Fortunata, además, una mujer libre de las trabas sociales y religiosas que atan a Ana. Mujer resuelta, Fortunata emite su “Vamos” sin titubear. Por su parte, Juanito demuestra una precipitación juvenil ausente en el caso de don Alvaro.

En sus personalidades, hay además marcadas diferencias entre estos dos señoritos. Mesía proyecta frialdad y escepticismo. Trabuco, su admirador secreto, le describe como un “*dandy* desengañado”.²⁴ Carece de la dimensión de simpatía que tiene Juanito, descrito como:

...de estos hombres que se recomiendan con su figura antes de cautivar con su trato, de esos que en una hora de conversación ganan más amigos que otros repartiendo favores positivos.²⁵

Hemos tratado de esbozar, a grandes rasgos, una figura y dos de sus variaciones. Al aceptar el “reto” de Clarín, Galdós contribuye, con las señaladas modificaciones, a un ya rico elenco literario de elegantes zánganos y mujeriegos. Juanito Santa Cruz no es del todo un “acabado tipo de la corrupción”, como dijo Galdós del cínico don Alvaro. Es Juanito, en vez,

²¹ L R, p. 562.

²² L R, p. 819.

²³ F y J, p. 763.

²⁴ L R, p. 178.

²⁵ F y J, p. 448.

una versión del señorito seductor juvenil, menos cínica, más débil y quizás por eso, más digna de lástima.

Gloria M. Ortiz
Universidad de Puerto Rico

de *La Regenta*, Mesía tarda un año y un mes en lograr su objetivo de "quitar" la ropa y la dignidad a sus esposas. Hemos hablado de esposas, a grandes rasgos, una figura y los de sus variaciones. Al aceptar el "leño" de Clarín, Clarín contribuye, con las variaciones, a un tipo de literatura de escenas y escenas. Juanito Santa Cruz no es del todo un "señorito tipo de la corrupción", como dijo Caldeón del Cínico don Alvaro. Es Juanito, en vez

¹⁴ F y J, p. 520.
¹⁵ F y J, p. 519.
¹⁶ Desde la divina comedia del camino, I (Barcelona: Editorial Planeta, 1970), p. 434.
¹⁷ Leopoldo Alas, P. de (Barcelona, 1884-1885, rpt. Barcelona: Editorial Planeta, 1970), p. 151.
Todo cita a *La Regenta* se refiere a esta edición y será identificada por L. R. y el número de la página.
¹⁸ "Contemporary History in the Structure and Characterization of *Fortunio y Fortunio*", en *Galdós Studies*, ed. J.E. Vary (London: Tamesis Books Limited, 1970), p. 107.
¹⁹ L. R., p. 178.
²⁰ L. R., p. 148.